

# Favelas, así nace el duende del fútbol

Todo empieza en el "terrão". En un precario campo de tierra de una favela. Entre miseria, abandono y traficantes. Después llega la fama, la gloria. Antes de ganar algún Mundial, Pelé, Romário o Ronaldinho fraguaron su garra en el desamparo del fútbol de favela. El Magazine estuvo durante un mes en los campos de la periferia de Río de Janeiro (auténticas fábricas de cracks) y siguió el XII Campeonato de Fútbol de Favelas, una especie de Mundial paralelo que exporta jugadores a los mejores equipos

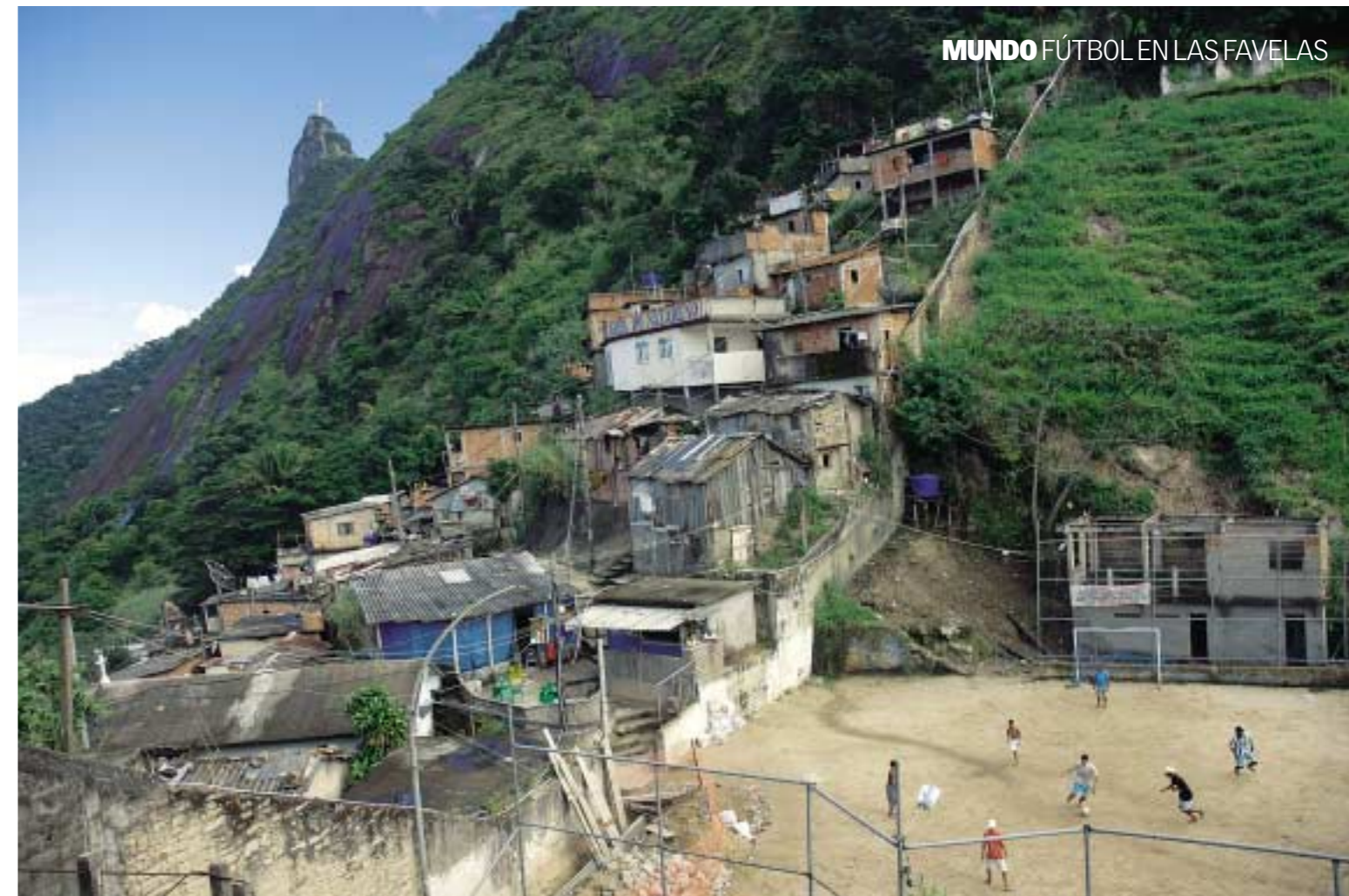
Texto de **Bernardo Gutiérrez**  
Fotos de **Andre Valentim**

En las calles de Morro da Baiana, una de las favelas más violentas de Río de Janeiro, varios niños tocan la bola con maestría. Su equipo es uno de los mejores del campeonato de las favelas





Entrenamiento del equipo Parque da Maré, en el campo de la favela. Una niña y un perro son los espectadores de lujo



Morro de Santa Marta, otra de las favelas donde se juega al fútbol en cualquier rincón para hacerse estrellas, con el Corcovado al fondo

El reportaje arranca **seasonado** de anticlímax futbolístico: **campo de la Canitá**, complejo do Alemão, una de las favelas más violentas de Río de Janeiro. Un burro pasta tras la línea blanca del campo. Dos espectadores cuelgan jaulas de pájaros tras la portería. Varios adolescentes juegan al fútbol. Sueñan jugando: Rodrigo Carvalho (13 años) quiere ser como Adriano. Felipe Nobrega (14) intenta emular los regates de Ronaldinho Gaucho. Iago Vinicius (13) aspira a llegar tan lejos como Ronaldo. Rodrigo Cabral (14) envidia la elegancia de Kaká. Todos (Rodrigo-Adriano, Felipe-Ronaldinho, Bodão-Ronaldo) sueñan con jugar algún Mundial con la selección brasileña. Pero su batalla inmediata es otra: el Campeonato de Fútbol de Favelas. De momento, la realidad futbolística del Morro da Baiana, el equipo de los Chicos que Quieren Ser Ronaldinho, apenas sabe a polvareda, a sudor de entrenamiento. La vida es un futuro que no llega, el eco de las balas perdidas de los traficantes. La vida es sólo esto: tres balones Adidas que Jorge Sil-

va, el entrenador/gurú del equipo, compró en seis plazos. Algunos pupilos de Jorge, conocido cariñosamente como Baixinho (bajito), juegan una pelada (partido informal). Otros dan toques malabaristas: pelotas que paran en el cuello, que resbalan por los brazos, que se pegan a los pies como un imán.

A pesar de que ni los comerciantes de la favela se dignan a colocar su logo en las camisetas de Morro da Baiana, el equipo es una auténtica fábrica de cracks: de sus filas han salido jugadores para equipos como el Flamengo o el Vasco de Gama. Hélio da Silva, por ejemplo, gran artillero del Morro da Baiana, ya es una de las estrellas juveniles del Flamengo. Del campo de la Canitá al Maracanã. De la favela/infierno al cielo. Del terrão (campos de tierra de las favelas) a las mejores ligas del mundo.

#### Cuestión de ginga

El reportaje podría haber empezado con más glamour, con una palabra (ginga) intraducible y mágica. La ginga es al fútbol lo que el duende es al flamenco. Un don especial.

Algo cultural, casi genético, que diferencia a los mediocres de los genios. A los futbolistas de Brasil de los del resto del mundo. Ginga: magia, elegancia, balanceo, ritmo, sorpresa. Ginga, palabra-llave, palabra-gol. En el diccionario "Aurélio", el más popular de la variante portuguesa de Brasil, ginga ni aparece. Sólo el verbo gingar: bambolearse. ¿En qué consiste este duende/bola? ¿Por qué sólo existe en Brasil? ¿Por qué los jugadores de terrão son superhéroes de la ginga/bamboleo? La neblina aplasta las preguntas en el campo de la Canitá. Un gris-casi-humo difumina los contornos de las casas —ladrillos pelados, chapa precaria— del complejo do Alemão. Baixinho —40 años, casado, dos hijos, entrenador con vocación y sin diploma— corre de un lado a otro del campo. Grita. Bromea. Trabajo intensivo. La ocasión lo merece: el Morro da Baiana está casi en las semifinales del Campeonato de Favelas.

Suenan disparos. "Tranquilo", susurra Baixinho. Tota, el jefe local del Comando Vermelho (el grupo de traficantes que domina el complejo) lleva unos días en guerra

con la policía. El campo de la Canitá tiene nuevos espectadores: dos adolescentes armados con fusiles Kalashnikov. Sus ojos tienen niebla. Niebla roja. Ven sin mirar. Marcan el territorio resoplando en la punta del fusil. Y se van por un sendero por el que baja un vecino/campesino trotando en un caballo: "Por eso dedico mi vida al fútbol. Si no se les brinda una oportunidad, los niños caerán en el tráfico de drogas", susurra Baixinho. Unos (pocos) acabarán disparando con un balón Adidas en algún club importante. Otros, balas o granadas en el comando.

La filosofía de Baixinho es irrevocable: "quiero formar ciudadanos de bien, jugadores de primera". Por eso trabaja desde hace ocho años en su proyecto de fútbol social Esperanza del mañana, "aunque todavía no lo ha registrado legalmente por falta de dinero". Por eso sueña para ellos. Para los Casi Ronaldinhos que ahora corretean por el mutilado campo de la Canitá. Rodrigo Carvalho, conocido como Melão cabalga con la bola entre los pies. Con destreza, con

naturalidad. Pase. Directo al pie de Felipe. Control/imán. Bola paralizada. Disparoque-ya-es-gol. 3 a 1. "¿Que qué es la ginga? —se pregunta Baixinho mientras mueve la cintura— Eso, elegancia, arte, ritmo."

Sus chicos ahora esquivan conos. Correr, frenar, driblar. Con precisión. Alguno (Iago Vinicius, conocido como "Bodão") se atreve a sambar entre los conos, —suave bamboleo de cintura, juego de pies—, carrera/baile con una batucada insonora de fondo. No es casualidad que la palabra ginga también se aplique al baile. Samba-ginga, fútbol-ginga. "El ritmo es importante. Y divertirse jugando", matiza Baixinho. Quizá tenga razón el prestigioso escritor Ruy Castro —futbolmaníaco declarado— al afirmar que la "ginga es una manera de no tomarse nada muy en serio, usar bien los pies, el talón y la cintura durante el juego y fuera de él". En el campo, en la pista de baile, en la vida.

Los jugadores del Morro da Baiana nacieron en alguna de las once favelas del complejo do Alemão. Para sus familias, el éxito de sus benjamines es una de las pocas →

**La ginga es al fútbol lo que el duende al flamenco.** Algo cultural, casi genético, que diferencia a los mediocres de los genios: magia, elegancia, balanceo, ritmo, sorpresa...

El éxito de los niños es una de las pocas salidas a la pobreza crónica, a la sinfonía de tiros cada atardecer. **El fútbol es lo único que los traficantes respetan**



Rodrigo Cabral, conocido como "Muringa", se prepara para la semifinal del campeonato de favelas, en la favela Alvorada, dentro del complejo do Alemão. A la derecha, en casa justo antes del partido clave con su padre, Antônio Teófilo; su hermano, Henrique, y una prima que juega con el balón

→salidas a una pobreza crónica. A la sinfonía (desafinada) de tiros de cada atardecer. El complejo do Alemão sólo aparece en los medios de comunicación cuando hay algún muerto. Desde que el periodista Tim Lopes —que filmó a los traficantes— fue brutalmente asesinado en un campo de fútbol de la zona, el complejo do Alemão es sinónimo de violencia/muerte. Baixinho entrenaba al Morro da Baiana en el campo donde Tim fue ejecutado. "Nos están mirando —dice con resignación—, el comando Vermelho sabe que estáis acá. Tranquilo, el fútbol es lo único por lo que los traficantes tienen respeto, lo único que nos queda." Lo único: el terrão, la universidad-ginga de los genios.



Campos-desamparo de donde salieron/salen los grandes. Pelé, Robinho, Ronaldo, Ronaldinho gaúcho, Romário, Adriano.

Unas favelas más al sur, la escena gíngol se repite casi clonada: Laercio (diminuto crack) acaricia la bola con el empeine, Jean (grandullón-promesa) la intuye en el aire. Cañonazo: gol por la escuadra. El Parque da Maré también es un descomunal complejo de favelas. Nació como un poblado de palafitas (casas de madera) que la marea (maré, en portugués) inundaba cada día de ratas, culebras y perros muertos. Un territorio sin ley que medio siglo después continúa creciendo caóticamente entre Linha Vermelha y Linha Amarela, autopistas/fronteras entre

los comandos de traficantes. El Terceiro Comando reina en la Maré. Pero en el campo de fútbol, el mandamás es "Bira", Ubiracy Ribeiro.

Bira —57 años, jubilado, ex conductor de furgonetas— rememora el momento estelar de su vida: "David Beckham vino acá en 1998 y me regaló dos pelotas, las tengo en casa". Hora de entrenar. El campo de fútbol es todo un foro/teatro para una bizarra galería de espectadores: mujeres, ancianos, bostezantes/ociosos, niños descalzos, perros. Hay expectación, el Parque da Maré es uno de los 16 equipos finalistas del Campeonato de Favelas. Jean de Melo —14 años, sonrisa superlativa— es uno de los galácticos

de la Maré. Su sueño es jugar en el Barça. De momento, milita en las filas del Flamengo. "Me formé aquí. Les debo todo", afirma Jean. Los frutos del trabajo de Bira tienen nombres y apellidos. Davi Santos Silva y Jefferson Moraes, ambos de 17 años. Después de un campeonato de favela fueron seleccionados para recorrer Estados Unidos. "Disputamos torneos, conocimos empresarios. Ahora ya ganamos dinero con el fútbol", asegura un sonriente Davi. Pero ahora los aspirantes a estrellas (Jean, Davi, Jefferson) se retiran. La noche es coro de cantos de gallo, sirenas y ecos televisivos. Consejo unánime: hora de salir de la favela. Hora de las balas perdidas.

#### Cazatalentos

Domingo, 14.00 horas. Los campos cedidos por la Marina Brasileña para la duodécima edición del Campeonato de Fútbol de Favela son una olla de presión: hinchadas, técnicos, cazatalentos, familiares, francotiradores del pelotazo fácil buscando su Robinho transformable en millones de euros. Baixinho los detesta: "Son tiburones. Se meten en el vestuario, les engañan". Todos —Baixinho, Bira— cuentan historias espeluznantes de estos robacracks. Pagan la cuota de la federación de los adolescentes y el precio del test de ingreso de algún club. Les dan migajas para pagar el autobús. Y se quedan con sus derechos. Algunos, como Vinícius Eu-→



Los recovecos de la Rocinha, la mayor favela de América Latina, donde viven unos 200.000 habitantes, esconden varios campos de fútbol sala y miles de "cracks" en potencia. En la foto, unos adolescentes juegan una pelada, como se denomina en Brasil a un partido informal



Diego Arcanjo, vecino de la favela Morro da Baiana, en el complejo do Alemão, tiene 8 años y su gran sueño es convertirse en Ronaldinho, jugar en el Barça. Dos tardes por semana frecuenta la Escolinha de Futebol da Casa Alta, dirigida por Francisco Ivanildo

El Mundial de las favelas es una oportunidad y les integra socialmente: 912 equipos, más de 15.000 participantes y cien "cracks" exportados a clubs profesionales

→ trópico, coordinador de las divisiones juveniles del Atlético Paranaense, parecen más éticos. Observa los partidos. Anota en una libreta "Este campeonato les brinda una oportunidad y les integra socialmente", asegura. El historial del Mundial de las favelas quita el hipo: 912 equipos y más de 15.000 jugadores participantes. Casi 4.500 partidos jugados. Y cien cracks exportados a clubs profesionales. Algunos hasta cruzaron el charco, como Cláudio Paulista (Fiorentina).

En el campo 4, el Morro da Baiana barre al São Francisco de Assis: 3 a 0. Cerca del córner aparece Joaquim Moreira, el primer entrenador de Ronaldo. Joaquim —56 años, mal afeitado— se lamenta de que su equipo (São Cristovão) fuese eliminado. Se recrea en el pasado: habla de Ronaldo, de cuando entrenaba con él, en la escuela Nello Borges. Hace años que no le ve. "Cuando vuelve nunca visita su cuna futbolística", se lamenta. Ronaldo sacó a su familia de la favela. Ahora viven en el barrio "chic" de Barra. Joaquim no tiene casa fija. Deambula de favela en favela. Duerme en casas de familiares.

Ahora —en el campo 4— busca a su nuevo Ronaldo en el recital del Morro da Baiana. 4 a 0. Baixinho dirige la goleada. Observando a los Más Que Ronaldinhos del complejo do Alemão, las máximas futboliterarias de Ruy Castro parecen más apropiadas que nunca: "El gran secreto de Brasil para dominar el fútbol no tiene ningún secreto. Los jugadores brasileños tienen ginga, una bossa especial para regatear, pasar y marcar goles como si los adversarios no existiesen". El São Francisco de Assis no existió (o casi): 4 a 1. El batallón de Baixinho está de enhorabuena. El lado triste de la moneda se lo lleva el Parque da Maré: empató a dos con el Pedacinho de Céu. En el Olimpo del fútbol favela ya sólo hay espacio para cuatro.

#### Escuelas sin dinero

Morro da Baiana, una de las favelas del complejo do Alemão. Otro campo de fútbol aprisionado entre ladrillos. Francisco Ivanildo, uno de los profesores de la Escolinha de Futebol Casa Alta, da instrucciones: "Trabajad la bola, pase en corto". Francisco

(29 años) es el Hombre que Casi Llegó. Jugó con Ronaldo —enseña una fotografía desteñida—, pasó siete años en clubs profesionales de América Latina. Ya está retirado del fútbol. Trabaja de portero en un edificio de Botafogo, un barrio de clase media. Pero invierte todos sus ratos libres en esta escuela. "Entrenamos dos días a la semana. Tenemos unos cien niños y ocho de ellos ya están en clubs", afirma Francisco. Pero las más de cien escuelas que existen en las favelas no tienen nada. Daniel Moreira —40 años, ex jugador profesional, otro profesor de la escuela— revela parte del secreto de la ginga: "también estudian capoeira, la música, la danza, ayuda mucho a sincronizar". ¿Una danza-lucha africana como ejercicio futbolístico? ¿La samba como entrenamiento? Los regates de los Diego/Ronaldinhos, de los Rodrigo/Adriano, tienen —según todos los filósofos de la gingafavela— una virtud: se anticipan, desconciertan. Igual que en la samba. El acorde llega una milésima antes. A destiempo. O en el momento exacto del éxtasis sonoro, del casi-gol.

#### Día D

Mediodía. Callejón de la favela Alvorada. La casa de Rodrigo Cabral, conocido como "Muringa", es una fiesta. Hoy es el día D para el Morro da Baiana. La semifinal, el preámbulo del cielo. Antônio Teófilo (el padre), Cleia (la madre) y Henrique (el hermano) abrazan a Muringa, le animan. La casa es un equilibrio de desconchones, humedad y cuadros de Jesucristo. "Pero el fútbol está claro que es cosa de Dios", matiza. El fútbol. La salida del túnel. La única esperanza. El padre está jubilado. El hermano, en el paro. Sólo arregla relojes. Cuando se paran. Cuando alguien quiere repararlos. La ginga de la vida, en los entresijos de la favela, se insinúa como una incomprensible habilidad para andar sobre la cuerda floja con los bolsillos vacíos y la sonrisa llena. Muringa se ata las botas. Se despide. Baixinho le recluta rumbo a la furgoneta que llevará al equipo al campo. Baixinho saluda a todo el mundo, sonríe. "Voy a ser candidato a concejal, verás como esto cambia", asegura risueño y/o desesperanzado. A nuestro lado, unos niños

juegan con armas de mentira. Con escopetas de cartón. Juegan a los traficantes: "¿Cuál es tu comando? Cuidado, no queremos X9 (traidores)". Baixinho calla. Intenta pensar en el partido.

Campo de la Portuguesa, isla del Gobernador. Pitido inicial. La semifinal es un duelo de titanes. El Água Branca juega duro. Jorginho ya no ve tan fácil ganar el campeonato. Y el partido nació torcido, creció con mal arbitraje, acabó en empate a uno. Y con una bofetada de mala suerte en la tanda de penaltis. Derrota injusta e inevitable. Lágrimas. Desaliento. Ronaldinhos que Tal Vez no Lleguen. Llorando. Baixinho saca fuerzas de flaqueza: "Chicos, somos los mejores, moralmente somos los campeones". Cada uno de ellos ha ganado un traje completo marca Nike. Pero el título se escapó. Es hora de volver. De regresar a la favela. El complejo do Alemão les espera con su rutina-sinpatrocinio. Con la esperanza del fútbol. Con su ginga, con esa habilidad para bailar/regatear alegremente entre iglesias evangelistas, ropa tendida y balas perdidas.